

## **LA PALABRA QUE DA VIDA. REFLEXIÓN ACERCA DE LA PALABRA DE DIOS COMO ESPACIO TEOLÓGICO Y EXISTENCIAL**

Carmelo Granado, S.J.\*

A principios del siglo XII, Guillermo de Champeaux, que había sido discípulo de Anselmo de Laon, ostentaba cátedra en la Escuela Catedralicia de París. Entre sus alumnos destacaba Pedro Abelardo (1079-1142), el cual le ocasionó más de un quebradero de cabeza, hasta el punto de abandonar ya cansado su cátedra, retirándose a un lugar apartado, dedicado al mártir san Víctor, donde iniciar una vida eremítica (1108), dando origen a la Abadía de San Víctor. Aquí mismo inició poco después su actividad docente. Con él nace la *Escuela de San Víctor* (1113). En esta Escuela se da una síntesis de los rasgos de la teología escolástica y de la teología monástica: estudio de la Escritura y de los Santos Padres y también de la filosofía, la historia, la gramática, las ciencias naturales. Rasgo distintivo de la Escuela es su orientación espiritual, filosófico-teológica con un enfoque de tendencia ascético-mística especulativa. El autor más importante de esta Escuela es Hugo de San Víctor (1096 - +11 febrero 1141): entre sus muchos alumnos señalamos al exegeta Gualtiero, al poeta Adán, al poeta y filósofo Godofredo, al teólogo Acardo, pero entre todos ellos sobresale la figura de Ricardo de San Víctor.

De la vida de Ricardo lo ignoramos casi todo<sup>1</sup>. Sabemos que es de origen escocés, pero ni conocemos la fecha de su nacimiento ni cuándo vino a Francia e ingresó en la Abadía de San Víctor. Durante años fue discípulo de Hugo (1141) y, a la muerte de éste, Ricardo fue su sucesor al frente del studium. Ricardo es *magister*, maestro, profesor en la Escuela de San Víctor y además es predicador, homilista. Algunas de sus obras proceden justamente de la predicación. Es un pensador y un clásico de la vida espiritual: "uno de los grandes nombres de la mística especulativa"<sup>2</sup>.

Ricardo tuvo que compaginar su magisterio con el desempeño de alguna función en el monasterio. En efecto, el año 1159 firma un documento como subprior de la Abadía. El 1162 es ya prior, función que ejercerá hasta su muerte en 1173. Pero para desgracia suya y del monasterio, ese mismo año de 1162 es elegido abad Ervis un inglés, autoritario, un tirano *alter Caesar*, que no respetaba los estatutos, que tiene manía de grandeza, dilapidaba los bienes, los encargos se los daba a sus protegidos y marginaba a quien no le apoyara. La situación era tan grave que tuvo que intervenir el papa Alejandro III (había estado en la abadía el 1163), escribiendo en 1172 una carta dirigida a varios obispos franceses para que metieran en cintura el monasterio,

\* Profesor de la Facultad de Teología de Granada.

<sup>1</sup> J. CHÂTILLON, «Richard de Saint-Victor», *Dictionnaire de Spiritualité* 13, Paris 1988, cols. 593-598 (vida), 598-627 (obras), 627-646 (doctrina espiritual), 646-654 (influjo en la posteridad).

<sup>2</sup> É. GILSON, *La philosophie au moyen Âge des origines patristiques à la fin du XIVe siècle*, Paris 1947, págs. 306-308 (cita en pág. 306).

incluso deponiendo al Abad, el cual dimitió y fue exiliado. Ricardo había acogido al desterrado santo Tomás Becket, Arzobispo de Canterbury, en la Abadía el 4 de septiembre de 1170, donde permaneció durante algún tiempo -fue asesinado el 29 de diciembre del mismo año. Pocos días de paz podría ya disfrutar Ricardo de San Víctor, pues murió el 10 de marzo de 1173. Dante en *De Paradiso* X 130-132 coloca a Ricardo junto a san Isidoro y Beda.

Tradicionalmente se catalogan las obras de Ricardo de San Víctor en obras bíblicas, teológicas y de espiritualidad<sup>3</sup>. Aquí no vamos a transcribir el elenco completo de sus obras. Solamente presentaremos brevemente tres de sus obras más significativas, que no debieran ser ignoradas.

\*El *De Trinitate*<sup>4</sup> consta de seis libros. Y cada libro consta de 25 capítulos. El libro primero trata de la existencia del único Dios. El segundo libro trata sobre los atributos divinos como eterno, infinito, simple, increado. El tercer libro plantea que la plenitud del verdadero ser, de la felicidad y de la gloria exige la existencia de una Trinidad de personas. El libro cuarto expone que la Trinidad de personas se compagina con la unidad; frente a la definición de persona de Boecio: *substantia individual de naturaleza racional*, Ricardo ofrece esta otra: *la persona divina es una existencia incomunicable de la naturaleza divina* (“persona divina sit divinae naturae incommunicabilis existentia”). El libro quinto trata de las procesiones en Dios: propiedades de las personas divinas, procesión inmediata (cap. 7), procesión a la vez mediata e inmediata (cap. 8). Y el sexto versa sobre los nombres divinos: Padre, Ingénito; Hijo, Imagen de Dios, Verbo, Generado; Espíritu de Dios, Espíritu Santo, Don de Dios (cap. 14).

El *De Trinitate* es una obra especulativa, dialéctica, bien escrita desde el punto de vista literario, aunque al proceder seguramente de sus clases se explican sus muchas repeticiones y, a veces, la falta de orden. Busca las “rationes necessariae” para explicar la pluralidad de las personas divinas, pluralidad que se basa en la perfección del amor, de la caridad. La caridad mira al otro, nadie tiene caridad consigo mismo. La suma caridad en Dios exige que haya alguien a quien ame y que este sea igual que él en la unidad de substancia. El amor entre dos no basta, incluiría una cierta dosis de egoísmo. El amor entre dos ha de estar abierto a un tercero, amado (condilectus) con el amor de los dos (condilectio). Y no hay más de tres, porque crearía confusión entre las personas divinas.

<sup>3</sup> Todas ellas se pueden cómodamente consultar en PL 196, Paris 1855, col. 1-1366; reimpresión en 1880.

<sup>4</sup> Varias ediciones modernas: J. RIBAILLIER, *Richard de St-Victor: De Trinitate* (coll. Textes phil. du Moyen Âge 6), J. Vrin, Paris 1958; RICHARD DE SAINT-VICTOR, *La Trinité*, Texte latin, introduction, traduction et notes de G. SALET, S.J., (Sources Chrétiennes 63), Paris 1959; RICHARD VON SANKT-VICTOR, *Die Dreieinigkeit*, Übertragung und Anmerkungen von H. URS VON BALTHASAR, (Christliche Meister, 4), Johannes Verlag, Einsiedeln 1980; RICCARDO DI S. VITTORE, *La Trinità*, traduzione, introduzione, note edite a cura di MARIO SPINELLI, Città Nuova Editrice, Roma 1990.

\**Benjamin minor (De praeparatione animi ad contemplationem)*<sup>5</sup>: Obra maestra. Tratado de moral mística. Uno se dispone a la contemplación dominando los vicios y adquiriendo virtudes. La purificación del corazón es condición necesaria para la contemplación mística. La obra también se puede considerar como una interpretación tropológica del nombre y de la historia de cada uno de los 12 hijos que Jacob tuvo de Lía (es la *affectio*) y de Raquel (*ratio*), sus esposas, y de Zelfa y Bala sus esclavas (Gen 29,15-35,29) y no sólo de Benjamín, el duodécimo y último de sus hijos. Los hijos de Jacob representan las virtudes que hay que practicar y las etapas por las que hay que ir pasando hasta llegar a la contemplación.

\**Benjamin major (De gratia contemplationis)*<sup>6</sup>: En los cinco libros de esta obra se proponen seis géneros de contemplación según sea la naturaleza de los objetos contemplados: (*sensibles*: primer y segundo géneros; *inteligibles*: tercer y cuarto géneros; *intelectibles*: quinto y sexto géneros). El quinto y el sexto géneros dependen sólo de la gracia de Dios, pues están por encima de la razón, la sobrepasan [por ejemplo, la Trinidad y la Eucaristía].

También se expone otra clasificación de la contemplación según el modo como el espíritu se comporta en los diversos estadios de la vida espiritual: *dilatación de la mente* (simbolizado por Beseleel); *elevación de la mente* (simbolizado por Aarón); *alienación o exceso de la mente* (simbolizado por Moisés en el Santo de los Santos).

\**Tractatus de quatuor gradibus violentae caritatis*: El autor establece una comparación entre el amor profano y la caridad. En ambos casos, el amor engancha a la persona. Pero en el caso del amor profano, a medida que avanzan los grados, el amor va siendo cada vez más peligroso y dañino; mientras que en el amor de caridad violenta, el alma se va sintiendo cada vez más ligada y absorta en Dios, hasta que en el cuarto grado, que es el más sublime, el alma retorna a volcarse en atender también a los hermanos. Señalamos los cuatro grados de la caridad violenta: 1º grado) *Caritas vulnerans*: el amor que hiere; *Sitire Deum*; 2º gr.) *Caritas ligans*: el amor que vincula; *Sitire ad Deum*; 3º grado) *Caritas languens*: el amor que hace languidecer; *Sitire in Deum*; 4º grado) *Caritas deficiens*: amor que produce desmayo; *Sitire secundum Deum*.

---

<sup>5</sup> PL 196 1-64.

<sup>6</sup> PL 196, 64-192.



## LOS CUATRO GRADOS DE LA CARIDAD VIOLENTA

### 0. Elogio de la caridad y del amor (1-2)<sup>7</sup>

1.- *Estoy herida de amor* (Cant 5,8). La caridad me urge (cf. 2 Cor 5,14) a hablar de la caridad. Con gusto me gastaré (cf. 2 Cor 12,15) en servicio de la caridad. Verdaderamente es dulce y completamente deleitable hablar del amor. Es un tema agradable, suficientemente amplio y que no puede generar en absoluto ni tedio en el que escribe ni hastío en el que lee. En efecto, lo sazonado con la caridad se saborea extraordinariamente con el paladar del corazón. *Si uno diera todos los bienes de su casa por el amor, lo estaría despreciando como si no tuviera ningún valor* (Cant 8,7).

2.- Grande es la fuerza del amor, digno de admiración el poder de la caridad. Hay muchos grados en ella y una gran diferencia en ellos. ¿Quién puede distinguirlos o siquiera enumerarlos de manera digna? En el amor se dan sentimientos de humanidad, de amistad, de afinidad, de consanguinidad, de fraternidad, y otros muchos de este tipo. Pero por encima de todos estos grados de amor se encuentra el amor ardiente y fogoso que penetra en el corazón e inflama los sentimientos y traspasa la misma alma hasta los tuétanos, de modo que puede decir: *Estoy herida de amor* (Cant 5,8).

### 1. Enumeración general de los grados (3)

3.- Reflexionemos, pues, sobre cuál es la *supereminencia de la caridad de Cristo* (Ef 3,19), que triunfa del amor de los padres, que trasciende e incluso extingue el amor de los hijos, el afecto de la esposa, y llega a odiar incluso su propia alma. ¡Oh vehemencia del amor! ¡Oh violencia de la caridad! ¡Oh excelencia y supereminencia de la caridad de Cristo! Esto es, hermanos, lo que pretendemos, aquello de lo que queremos hablar: de la impetuosidad de la caridad, de la supereminencia de la emulación perfecta. No es necesario que os diga que una cosa es hablar de la caridad y otra de su consumación. Una cosa es hablar de ella y otra hablar de su violencia.

### 2. Efectos de la caridad violenta (4)

4.- Me fijo en las obras de la caridad violenta y me encuentro con la vehemencia de la perfecta emulación. A unos los veo heridos, a otros cautivos, a otros sin fuerzas y a otros fatigados. Y todo esto tiene su origen en la caridad. La caridad hiere, la caridad hace cautivos, la caridad le hace languidecer a uno y la caridad trae consigo desfallecimientos. ¿Cuál de estos no es fuerte? ¿cuál de estos no es violento? Estos son los cuatro grados de la caridad ardiente, en los que nos vamos a concentrar un rato. Prestad atención, hermanos, atended a aquella caridad que tanto deseáis, escuchad hablar de ella y anhelad la que con tanta vehemencia aspi-

<sup>7</sup> IVES, *Épître à Séverin sur la charité*. RICHARD DE SAINT-VICTOR, *Les quatre degrés de la violente charité*, Texte critique avec introduction, traduction et notes par GERVAIS DUMEIGE, (Textes Philosophique de Moyen Âge 3), J. Vrin, Paris 1955: La edición del texto crítico y su traducción francesa en págs. 126-177. Los epígrafes son del editor en págs. 102-104. Cf. El amplio comentario en la tesis doctoral del mismo G. DUMEIGE, *Richard de Saint-Victor et l'idée chrétienne de l'amour*, Paris 1952, págs. 133-153; J. CHATILLON, "Les quatre degrés de la charité", *Revue d'Ascétique et Mystique* 20, 1939, 237-264. (El texto se encuentra también PL 196, 1207-1224).

ráis. ¿Queréis oír un texto sobre la caridad que vulnera? *Heriste mi corazón, hermana mía, esposa, con una mirada de tus ojos y con uno de los cabellos de tu cuello* (Cant 4,9). ¿Queréis oír un texto sobre la caridad que ata? *Con las cuerdas de Adán los atraeré, con las ataduras de la caridad* (Os 11,4). ¿Queréis oír un texto sobre la caridad que hace languidecer? *Hijas de Jerusalén, si encontráis a mi amado, decidle que languidezco de amor* (Cant 5,8). ¿Queréis oír un texto sobre la caridad que hace desfallecer y que lleva al desfallecimiento. *Mi alma desfallece por tu salvador y he esperado en tu palabra* (Sal 118,81). Así pues, la caridad hace desfallecer y trae consigo debilidad. La caridad tiene sus ataduras, la caridad produce sus heridas.

### 3. Vínculos de la caridad que nos une a Dios (5)

5.- ¿Pero cuáles son estas cuerdas de Adán, nuestro primer padre, sino los dones de Dios? ¿Cuáles, repito, son estos vínculos de la caridad sino los beneficios de Dios? Los bienes de la naturaleza, de la gracia y de la gloria. Con estos vínculos de su beneficencia lo hizo dependiente y lo constituyó deudor de su benevolencia. Creó la naturaleza, le concedió la gracia y le prometió la gloria. He aquí *la cuerda triple*: los dones de la creación, los bienes de la justificación y los premios de la glorificación. También sabemos que *la cuerda triple difícilmente se rompe* (Qo 4,12). Y sin embargo se rompió: *En efecto, desde el principio quebró el yugo, rompió las ataduras* (Jer 5,5). Sin embargo, el Señor añadió todavía *con su mano poderosa* multiplicar sobre nosotros las ataduras de su caridad, para unirnos más estrechamente y atarnos más profundamente a sí. Nos dio sus bienes y padeció por nosotros nuestros males para por ambas partes hacernos más dependientes de él, no sólo con los bienes que nos concedió, sino también por los males que por nosotros padeció. Y con tales cuerdas de caridad *hizo cautiva a la cautividad* (Ef 4,8) dando generosamente dones a los hombres y padeciendo libremente males por los hombres. ¡Oh qué desgraciadamente fuerte es aquel a quien no pueden retener tantos lazos de la caridad! ¡Oh qué desgraciadamente libre es aquel a quien no afectan las leyes de tal cautividad!

### 4 Primer grado: amor que hiere (6)

6.- Pero volvamos a aquel grado de amor que pusimos en primer lugar y del que dijimos que hiere. ¿No te parece tener el corazón herido, cuando el aguijón ardiente del amor penetra el alma hasta la médula y traspasa su voluntad hasta el punto de no poder reprimir o disimular el ardor de su deseo? Arde de deseos, se abrasa en la voluntad, bulle, jadea, gime profundamente y suspira largamente. Ten como signos ciertos del alma herida los gemidos y suspiros, la palidez del rostro y su deshacimiento. Sin embargo, este grado admite interrupción y cede a los afanes y preocupaciones de los negocios que se tienen entre manos.

Como los enfermos con fiebre, los que padecen de esta clase de amor una vez se abrasan cruelmente y otras se alivian un poco con ocasión de sus ocupaciones. Pero de nuevo, después de una breve interrupción, el ardor bulle y se hace más ardiente y enciende más cruelmente al alma ya extenuada y la abrasa con más vehemencia. Así con este frecuente retirarse y con un retorno siempre mayor ablan-

da poco a poco al alma, le quebranta las fuerzas y la deja exhausta, hasta someter y subordinar completamente al alma y ocuparla enteramente con el recuerdo continuo de sí, uniéndosela y atándola toda entera a sí, de modo que no pueda escaparse ni pensar en otra cosa. Y ya se pasa del primero al segundo grado.

5. *Segundo grado: amor que mata (7-9)*

7.- Hemos dicho que el primer grado es el que hiere y el segundo es el que ata. ¿No es verdad, y sin ninguna contradicción, que el alma se encuentra atada, cuando no puede olvidarse de esto ni pensar en otras cosas? En cualquier cosa que haga o diga, siempre le está dando vueltas a esto en su cabeza y lo retiene con el continuo recuerdo. En el sueño lo sueña, despierto lo vuelve a considerar. De aquí es fácil considerar, a mi entender, cómo este grado sobrepasa al precedente, porque no deja que la mente del hombre no esté tranquila ni una hora. Así hemos dicho con razón que aquel primer grado hiere, mientras que el segundo ata. A veces significa menos ser herido que ser atado. En efecto, cualquiera sabe que a veces sucede que un soldado, golpeado y herido en el curso del combate, logra evitar caer en manos del perseguidor y escapa libre incluso con la herida recibida. Pero cuando en la batalla el soldado herido cae en tierra, una vez derribado es apresado y apresado se lo llevan y lo encarcelan y, a continuación, es encadenado y atado, con lo que ya está completamente cautivo. Pregunto de todo esto ¿qué es lo peor? ¿qué es lo más molesto? ¿No es más tolerable conseguir escapar libre, aunque esté herido, que no preso y atado ser considerado cautivo?

8.- Ahora bien, este grado no admite como el anterior ninguna interrupción, sino que como una fiebre aguda quema el alma con continuo ardor y la enciende con el calor permanente de su deseo, de modo no deja descansar al alma ni de día ni de noche. Al igual que el que yace en el lecho o a quien le sujeta una cadena, no pueden alejarse del lugar al que están clavados, así el que está absorbido por este segundo grado de caridad violenta haga lo que sea y vaya a donde quiera, no puede arrancarse de aquel único e íntimo cuidado de su solicitud. En los malos deseos debemos y podemos rechazar el ímpetu del primer grado no resistiéndole, sino evitándolo, no tanto luchando cuanto huyendo, si es que estamos siempre solícitos por refugiarnos con mente cauta en ocupaciones y meditaciones útiles y honestas y si cumplimos lo que dice la Escritura: *Huid la fornicación* (1 Cor 6,18).

9.- Así pues, la violencia del primer grado evitarse, pero no puede dominarse. Por el contrario, la vehemencia del segundo grado no se puede en absoluto ni dominar haciéndole frente, ni evitarse con la huida. Escucha al cautivo que gime y desespera de poder huir: *No hay refugio para mí, no hay nadie que de mí se cuide* (Sal 141,5). Pero a veces, como se ve, los que no pueden huir, se pueden redimir. Por tanto, cuando no podemos rechazar la tentación por la fuerza o evitarla por la prudencia, debemos redimirnos y escapar del yugo de la esclavitud mediante las obras de misericordia y de obediencia. En efecto, estas son las verdaderas y propias riquezas, de las que está escrito: *La redención del alma del hombre son sus propias riquezas* (Prov 13,8). Pero cuando el amor ha crecido hasta este segundo grado de vehemencia, pregunto: ¿a dónde se podría extender más? ¿Qué puede ser más impetuoso que esta

vehemencia, si no se puede superar ni se puede evitar? Y si es del todo insuperable, si es absolutamente inseparable, ¿qué puede ser más impetuoso que esta vehemencia? Si no puede ser superado por otro sentimiento, es el mayor, y si está inseparablemente unido, es sempiterno. ¿Y qué puede existir más violento que su violencia, si es el mayor y sempiterno? Pero una cosa es ser el mayor y otra ser el único, como también otra cosa es estar siempre presente y otra no admitir en absoluto que haya un igual. Pues podemos estar presentes\* y tener muchos socios y de entre todos poseer el primer puesto. Ves, por tanto, qué grandeza de supereminencia le queda aún por alcanzar, de modo que siendo ya el mayor, pueda ser también el único.

6. *Tercer grado: amor que hace languidecer (10-13)*

10.- El amor asciende al tercer grado de violencia, cuando excluye cualquier otro afecto, cuando no ama nada más que una cosa o por esa cosa. En este tercer grado de caridad violenta, nada puede satisfacer al alma salvo una cosa, como nada puede agradaarle sino en razón de esa cosa. Ama una sola cosa, la quiere, tiene sed de ella, la desea. Hacia ella se dirigen sus ansias, por ella suspira, por ella se inflama, en ella descansa. Ella es la única en la que se reanima, ella es la única de la que sacia. Nada endulza, nada tiene sabor si no está condimentado con ella sola. Cualquier otra cosa que libremente se ofrezca, o que espontáneamente ocurra, rápidamente se rechaza, de pronto se desdeña si no sirve a su afecto o si no aprovecha a su deseo. ¿Quién puede describir dignamente la tiranía de este afecto: cómo expulsa cualquier otro deseo, como excluye cualquier otra inclinación, cómo reprime violentamente cualquier otro ejercicio que no prevé que se somete a su concupiscencia? Lo que haga, lo que ocurra, parece inútil, más aún intolerable, a no ser que concurra y conduzca al único fin de su deseo. Cuando puede gozar de lo que ama, cree poseerlo todo al mismo tiempo. Sin eso todo le horroriza, todo le parece despreciable. Pero si no puede gozar de él, su cuerpo desfallece y su corazón se consume. No acepta consejos, no se aviene a razones, no admite absolutamente ningún consuelo.

11.- En el segundo grado, ciertamente puede ocuparse mediante la acción en otros asuntos, pero no lo puede mediante el pensamiento, porque no puede en absoluto olvidarse de aquel a quien ama. En este grado la mente, consumida y debilitada por el exceso del amor, como no puede meditar en otras cosas, tampoco puede realizar otras. Aquel grado absorbe el pensamiento, pero este anula la actividad. Aquel ata el pensamiento, este enerva la actividad. En aquel grado mantenemos libres las manos y los pies, y como el enfermo con fiebres podemos moverlos y extenderlos acá y allá, porque podemos y debemos ejercitarlos a discreción y emplearlos en buenas obras. En este grado el exceso de amor, a semejanza de la pérdida de fuerzas, debilita las manos y los pies, de modo que después la mente no puede hacer absolutamente nada de lo que quiere. Así la mente en este estado permanece casi inmóvil y no se mueve en ningún momento ni de pensamiento ni de obra, sino a donde la lleva su deseo o la impulsan sus sentimientos.

12.- En los deseos malos, todavía en el primer grado, como dijimos anteriormente, se puede huir mediante el deseo de ser prudentes; pero en el segundo gra-

do, donde no hay en absoluto lugar para huir, todavía se puede rescatar mediante las buenas obras. Pero en este grado ¿qué puede servir de ayuda, qué clase puede haber de remedio, si ya no pueden pensar en las cosas necesarias ni llevar a cabo las útiles? Escucha a uno que languidece en su corazón y en su cuerpo, consumido en su cuerpo y turbado en su corazón: *Mi corazón está turbado en mi interior. Me han abandonado mis fuerzas* (Sal 54,5; 76,4). En esta coyuntura de tanta necesidad, no encuentro ninguna otra clase de remedio sino dirigir la mirada a la clemencia divina e implorar su misericordia. Si tienes una debilidad total, si no tienes manos y pies libres, todavía te queda ciertamente la lengua y puedes mover los labios. Si a tu propio ingenio no le ha quedado ningún sitio a donde escapar, grita a Aquel que lo puede todo.

13.- Me imagino que te has dado cuenta cuánto ha aumentado ya la fuerza del amor, cuando ha subido creciendo hasta la vehemencia de este tercer grado, y es de maravillarse si tiene todavía algo a donde pueda subir más. En el primer grado traspasa los sentimientos, en el segundo frena el pensamiento, en el tercero impide la actividad. Así pues, los sentimientos quedan cautivos en el primero, el pensamiento en el segundo y la actividad en el tercero. En estas cosas está el hombre entero y ¿qué puede tener más que esto? Si todo lo que pertenece al hombre queda hecho prisionero ¿qué más se le puede hacer? Si la fuerza aquella del amor lo posee todo entero, si la magnitud del amor lo absorbe íntegramente, ¿en qué, pregunto, puede ampliarse más? Pues si lo ha poseído todo entero, ya no puede reclamar más. Pero ¿qué es lo que estamos diciendo, si ya lo posee enteramente y eso no le basta? ¿Qué vamos a decir si todo está en su poder, y ni el todo puede satisfacer a su deseo? Sin duda que es incomparablemente más lo que el hombre no puede más que aquello que puede. Pero ambas cosas se pueden desear, lo que el hombre y lo que el hombre no puede. Por tanto, ya ves lo infinito que es a donde el deseo se puede extender incluso después de haber llegado al tercer grado.

#### 7. Cuarto grado: amor que hace desfallecer (14-16)

14.- El cuarto grado de la caridad violenta tiene lugar cuando ya absolutamente nada puede satisfacer al deseo del alma ardiente. Este grado, porque ha sobrepasado una vez los límites de las posibilidades humanas, no conoce, como los demás, las fronteras del crecimiento, porque siempre encuentra lo que todavía puede ardientemente desear. Lo que haga, lo que se le haga, no sacia el deseo del alma ardiente. Está sedienta y bebe, pero con beber no apaga su sed. Sino que cuanto más bebe, tanto más sedienta está. La sed y el hambre del alma ávida, más aún insaciable, no se aplaca, sino que se irrita al gozar profundamente y a placer de su deseo. En este estado *los ojos no se sacian con la vista, ni el oído se satura con oír* (Qo 1,8), ya sea que hable al ausente o lo contemple presente. ¿Quién podría explicar dignamente la violencia de este grado supremo, quién se basta para siquiera pensar dignamente su sobreeminencia. ¿Qué puede penetrar, pregunto, más profundamente el corazón del hombre, y atormentarle más cruelmente y perturbarlo con más violencia? ¿Qué cosa más molesta o más cruel cuando no puede aplacar su sed resistiéndola ni puede extinguirla embriagándose? Maravillosa o más bien deplorable voracidad que no se ahuyenta con ninguna diligencia ni se mitiga

con ninguna satisfacción. Es una enfermedad sin remedio y totalmente sin esperanzas, donde siempre se está buscando el remedio y jamás llega a encontrarse, más aún donde todo lo que se presume que servirá como remedio de curación, se convierte en aumento de ciega pasión.

15.- Este es el grado, del que hemos dicho, que produce desfallecimiento y hace desesperar ya del remedio. Y como el enfermo desesperado que está postrado con todos los miembros casi muertos, no tiene ya nada que hacer más ni debe esperar nada de otro, ya se le ha sustraído todo cuidado de los médicos y queda abandonado a sí mismo, todavía respira jadeante y a cada hora se va acercando casi al final. Ya va a exhalar el último suspiro y ni atiende ni se da cuenta de lo que sucede a su alrededor no de lo que se le hace. Precisamente así es como jadea el que está sometido a al fuego de este ardiente deseo. Cualquier cosa que se le haga no puede en absoluto proporcionarle remedio o darle algún consuelo. La consolación que se le dé no toca para nada su alma, en cierto modo es como un agonizante que no percibe nada de lo que se hace a su alrededor.

16.- En los malos deseos, mientras la mente humana es arrastrada violentamente a este estado, ya no queda más que los demás oren por él, por si *el Señor viendo la fe de ellos y restituyéndole la vida, lo devuelve a su madre* (Lc 7,15), *Él que es poderoso para sacar incluso de las piedras hijos de Abrahán* (Mt 3,9; Lc 3,8) y *cuando quiere hace bajar al sheol y retornar* (1 Sam 2,6). En este grado el amor se convierte a veces en locura, a no ser que se refrene su ímpetu con una admirable prudencia e igual constancia. En este estado suelen surgir rencores, se acarrean riñas, y no abundando verdaderas causas para enemistarse, a veces fingen incluso las inverosímiles. De aquí procede lo que a veces hemos visto en algunos, que cuanto más ardientemente parecían amarse antes, después se persiguen con un odio tanto más violento. Más aún, y lo que es más de admirar, a veces al mismo tiempo odian de tal modo que no cesan de abrasarse de deseos y de tal modo aman que sin embargo no dejan de perseguir como por odio. Amando odian y odiando aman y de modo admirable, o más bien miserable, aumenta el odio por el deseo y el deseo por el odio. Y *los rayos mezclados con el granizo igualmente caen* (Ex 9,24), en tanto que el calor ardiente del deseo no puede derretirse con el hielo del odio ni el granizo del rechazo puede apagar el fuego de la ardiente concupiscencia. Por encima de toda medida, incluso por encima de la naturaleza el fuego toma fuerza con el agua, porque el incendio del amor arde más con la contradicción entre ambos que lo que podría aumentar con la paz mutua.

#### 8. Recapitulación de los cuatro grados de amor (17)

17.- Ya tenemos en el amor ardiente los cuatro grados de la violencia, que hemos expuesto en lo anterior. El primer grado de la violencia se tiene cuando la mente no puede resistir a sus deseos. El segundo grado ha lugar cuando no puede olvidarlo. El tercer grado cuando no puede gustar otra cosa. Y el cuarto y último grado se da cuando ni siquiera le puede satisfacer. Así en el primer grado el amor es insuperable, en el segundo es inseparable, en el tercero es exclusivo (*singularis*), en el cuarto es insaciable. Insuperable es el que no cede a otro sentimiento; inseparable

el que no se aparta nunca de la memoria; exclusivo es el que no admite compañero; insaciable cuando no se le puede satisfacer. Y aunque en cada uno de los grados se puede advertir algunas cosas particulares, sin embargo en el primer grado se nota especialmente la excelencia del amor, en el segundo su vehemencia, en el tercero su violencia y en el cuarto su supereminencia. En efecto, ¡cuán excelente es el amor que excede a todo otro sentimiento! ¡Cuán profunda es la vehemencia de la dilección que no deja que la mente descanse! ¡Cuán intensa es la violencia de la caridad que expulsa violentamente a todo otro afecto! ¡Cuán intensa la supereminencia de la emulación que no se satisface con nada! ¡Oh excelencia del amor! ¡Oh excelencia de la dilección! ¡Oh violencia de la caridad! ¡Oh supereminencia de la emulación!

*9. Los cuatro grados en las afecciones humanas (18-19)*

18.- Estos cuatro grados de amor se comportan de una manera en los sentimientos divinos y de otro en los sentimientos humanos. Y de forma completamente distinta se comportan en los deseos espirituales y en los deseos carnales. En los deseos espirituales cuanto el amor es mayor tanto es también mejor; en los deseos carnales cuanto el amor es mayor tanto es también peor. En los sentimientos divinos el que es el más grande, es también el principal. En los sentimientos humanos el que es el más grande, es también peor. En los sentimientos humanos el primero puede ser bueno, el segundo sin duda que es malo, peor es, sin embargo, el tercero y pésimo es el cuarto.

19.- Sabemos que en los afectos humanos el amor conyugal debe ocupar el primer puesto, y por esa razón en el lecho nupcial puede ser bueno el grado de amor que suele dominar a todos los otros afectos. Pues el afecto mutuo del amor íntimo entre los que están confederados estrecha los vínculos de la paz y torna aquella indisoluble sociedad que se ha de perpetuar grata y placentera. Por tanto, el primer grado en los afectos humanos, como ya hemos indicado puede ser bueno, pues el segundo es, sin la menor duda, malo. En efecto, cuando ata de modo insoluble la mente, sin permitirle pasar a otras ocupaciones, suele impedir la atención a lo que hay que prever y la providencia de lo que hay llevar a cabo. Aquel tercer grado de amor que excluye todo otro afecto, no sólo es malo, más aún comienza a resultar amargo, cuando le es imposible gozar siempre a voluntad de sus deseos. Pero el cuarto grado, según dijimos, es el peor de todos. ¿Qué cosa peor se puede encontrar que lo que vuelve al alma no sólo mala, sino también miserable? ¿Y qué cosa más miserable que fatigarse siempre deseando aquello de cuyo fruto nunca puedes saciarte? Expusimos antes cómo bajo este grado la mente se abrasa con un fuego y un hielo permanente, al no extinguirse el odio que brota de su deseo ni el deseo que brota de su odio. ¿Y qué otra cosa parece ser esto que un cierta forma de la condenación futura, donde siempre se pasa del calor del fuego al frío de la nieve y del frío de la nieve al calor del fuego?

*10. Los cuatro grados en las afecciones divinas (20-27)*

20.- Así pues, este último grado de amor es el peor de todos en los deseos humanos, pero en los afectos divinos, según dijimos, es el principal de todos. Allí nada

de lo que se haga para su provecho puede bastar al alma humana, pero aquí todo lo que se haga por su Dios no puede satisfacer al propio deseo. Allí la mente siempre está solícita de qué se hace en su favor, no en que es lo que ella hace. Aquí la mente pone su mayor solicitud en qué es lo que ella hace y no qué se hace en su favor. Así en los deseos del cielo cuanto el afecto es mayor, cuanto el grado es superior, tanto mejor y más precioso. ¡Oh qué hermoso el primer grado de amor en el amor de Dios, cuando es insuperable! Todavía más hermoso el segundo, cuando el amor ardiente comienza a ser inseparable. Y mucho mejor es, cuando no puede deleitarse en otra cosa que no sea Dios. Pero el sumo y principal grado de amor es cuando nada puede satisfacer a su propio deseo.

21.- Ya en el primer grado: *Las muchas aguas no pudieron extinguir la caridad ni los ríos la anegarán* (Cant 8,7), porque es insuperable. En el segundo grado, el alma pone a su amado como sello sobre su corazón (Cant 8,6), porque no puede en absoluto olvidarlo. En el tercer grado: *Si un hombre da todas las posesiones de su casa por el amor, lo despreciaría como si no valiera nada* (Cant 8, 7), porque realmente ninguna otra cosa puede agradarle. En el cuarto grado: *Es fuerte el amor como la muerte, duros como el infierno los celos* (Cant 8,6), porque le resulta poca cosa poder hacer o soportar algo por su Dios. En el primer grado, el amor insuperable dice: *Te amaré, Señor, fortaleza mía* (Sal 17,2). En el segundo, el amor inseparable dice: *Que se me pegue la lengua al paladar, si no me acuerdo de ti* (Sal 136,6). En el tercer grado, el amor exclusivo dice: *Mi alma ha rechazado el consuelo. Me acordé de Dios y he gozado* (Sal 76, 3-4). En el cuarto grado, el amor insaciable dice: *¿Qué podré dar al Señor por todo lo que me concedió?* (Sal 115,12).

22.- En el primero es insuperable y dice: *¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? ¿la tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?* (Rom 8,35). En el segundo, la caridad no desaparece jamás (1 Cor 13,8), porque es inseparable y, por eso, dice: *Mi alma se ha unido a ti* (Sal 72,9), con lo que no se puede arrancar de él. En el tercero, todo se valora como basura, con tal de alcanzar a Cristo (Fil 3, 18). En el cuarto, para él vivir es Cristo y morir una ganancia (Fil 1,21), por lo que desea morir y estar con Cristo (Fil 1,23).

23.- En el primer grado se ama a Dios *con el corazón, con el alma y con la mente* (Deut 6,5; Mt 22,37; Mc 12,30; Lc 10,27). Pero en ninguno de esas palabras se dice *con todo*. En el segundo se ama con todo el corazón. En el tercero, se ama con toda el alma. En el cuarto, se ama con todas las fuerzas. El amor del corazón es un amor que procede de la reflexión. Amar con el alma es amar con sentimientos. Al corazón pertenece la prudencia, pero al alma el deseo. *¿Queréis saber que clase de prudencia debemos atribuirle? Dice la Escritura: Efraín es una paloma seducida, no tiene corazón* (Os 7,2). *¿Qué significa que el pueblo no tenga corazón, sino que carece de prudencia? ¿Y qué quiere decir que el pueblo es una paloma seducida y sin corazón, sino lo que se dice en otro pasaje: Gente sin juicio y sin prudencia?* (Deut 32,28). No tener corazón no es sino carecer de juicio y de prudencia. Pero, según ya dijimos, como al corazón pertenece la prudencia, así pertenece al alma el deseo. *Quien pierda su vida*

*en este mundo, la guarda para la vida eterna (Jn 12,25). ¿Qué otra cosa significa perder su vida en este mundo, sino como está mandado en otro pasaje, en este mundo no dejarse arrastrar por las propias pasiones (Eclo 18,30). En efecto, cuanto uno mortifica en este mundo sus propios deseos por Dios, tanto más de verdad los guarda para la plenitud eterna. Así pues, amar con el corazón es amar desde la prudencia y la deliberación. Amar con el alma es amar con deseos y sentimientos. Aquello tiene su origen en la inclinación, esto en una ofrenda. Amar con todo el corazón, con toda el alma y con toda la fuerza es orientar cada afecto, cada deseo, cada actividad a la consecución de este único objetivo.*

24.- A veces somos arrastrados por nuestros sentimientos a amar algo y, sin embargo, nos resistimos en virtud de nuestra razón. Y a veces amamos muchas cosas por decisión deliberada, pero que no nos sentimos en absoluto afectados por el apetito del deseo. Así en los deseos carnales, frecuentemente se ama antes con el alma que con el corazón. Pero en los espirituales, se ama antes con la reflexión que con los sentimientos. En efecto, nunca amamos las cosas espirituales movidos por el deseo, a no ser que con un gran deseo excitemos nuestra alma al amor de ellas. Si, pues, deseamos amar a Dios con toda el alma, esforcémonos antes por amarle con todo el corazón. En esto debe estar todo nuestro pensamiento, a esto tienda toda nuestra reflexión, sobre esto verse toda nuestra meditación, si queremos amar con todo el deseo. Pero así como nunca amamos con toda el alma, si antes no amamos con todo el corazón, así nunca amamos con toda la fuerza, si antes no amamos con toda el alma. En efecto, si dirigimos nuestro afecto hacia algo que no lo amamos por Dios, sin duda que este afecto adúltero rompe la firmeza de la caridad suprema y disminuye sus fuerzas tanto cuanto atrae o impulsa al alma hacia deseos ajenos. Resumiendo, en el primer grado, según hemos dicho, se ama con el corazón; en el segundo se ama con todo el corazón; en el tercero, con toda el alma, y en el cuarto, con toda la fuerza.

25.- Quizás David todavía se encontraba en el primer grado, pero ya presumía de estar en el segundo, cuando decía cantando: *Te cantaré, Señor, con todo mi corazón (Sal 110,1).* El que se encuentra en el segundo grado puede cantar con toda confianza: *Te he buscado con todo mi corazón (Sal 118,10).* El que obtiene el tercer grado, sin duda puede ya decir: *Mi alma anhela, Señor, desear tus justificaciones en todo tiempo (Sal 118,20).* El que sube al cuarto grado y ama a Dios con todas sus fuerzas, puede ciertamente decir: *No temeré lo que me pueda hacer un hombre, porque su corazón está preparado en el Señor; su corazón está firme, no se tambaleará jamás, en tanto que desprecia a sus enemigos (Sal 111,7-8).*

26.- En el primer grado tienen lugar los desposorios, en el segundo las nupcias, en el tercero la cópula, en el cuarto dar a luz. En el primer grado se dice a la amada: *Te desposaré conmigo para siempre, me desposaré en justicia y juicio, en misericordia y compasión, te desposaré en fidelidad (Os 2,21-22).* En el segundo grado se tienen las nupcias en Caná de Galilea y se le dice: *Yo soy tu esposo y no dejarás de seguirme (Jer 3,14-19).* Del tercer grado se dice: *Quien se une al Señor se hace un solo espíritu con*

él (1 Cor 6,19). Del cuarto se dice: *Hemos concebido, nos hemos puesto de parto y hemos dado a luz el espíritu* (Is 26,18). Así pues, en el primer grado la amada es visitada con frecuencia, en el segundo es tomada como esposa, en el tercero se une al amado, en el cuarto es fecundada.

27.- En el primer grado, está siempre pendiente de la vuelta del amado, clama y dice: *Ven, amado mío, como las cabras o el cervatillo sobre los montes de Betel* (Cant 2,17). En el segundo, es invitada a que venga y se le dice: *Ven, hermana mía, esposa mía, ven del Líbano* (Cant 4,8). En el tercer grado, unida a su amado dice: *Su izquierda bajo mi cabeza y su derecha me abraza* (Cant 8,3). En el cuarto grado, se gloria de su fecundidad y dice: *Hijitos míos, a los que de nuevo doy a luz hasta que Cristo sea formado en vosotros* (Gal 4,19). Por lo que se le dice: *Tus dos senos son como dos cervatillos que pacen entre los lirios* (Cant 4,5).

#### 11. Los cuatro grados y la sed de Dios (28)

28.- Profundicemos más y hablemos con más claridad. En el primer grado el alma tiene sed de Dios (*sitit Deum*). En el segundo, tiene sed de ir hacia Dios (*Sitit ad Deum*). En el tercero, tiene sed de zambullirse en Dios (*sitit in Deum*). En el cuarto, tiene sed según Dios (*sitit secundum Deum*). Tiene sed de Dios el alma que dice: *Mi alma te ha deseado durante la noche, y con mi espíritu, desde lo más íntimo de mí, estaré desde la mañana mirando hacia Tí* (Cant 4,5). Tiene sed de ir hacia Dios el alma que dice: *Mi alma tiene sed de ir hacia Dios que es la fuente viva. ¿Cuándo llegaré y apareceré ante la faz del Señor?* (Sal 41,3). Tiene sed de zambullirse en Dios el alma que dice: *Mi alma tiene sed de estar dentro de Ti y de cuántos modos te desea mi carne* (Sal 42,2). Tiene sed según Dios el alma que dice: *Señor, siempre ha deseado mi alma tus juicios* (Sal 118,20). Tiene el alma sed de Dios, cuando desea experimentar la dulzura interior que suele embriagar la mente del hombre, cuando comienza a gustar y ver *qué suave es el Señor* (Sal 33,3). Tiene sed el alma de ir hacia Dios, cuando por la gracia de la contemplación desea elevarse sobre sí misma y ver *al rey en su esplendor* (Is 33,17), para atreverse a decir: *He visto al Señor cara a cara y mi alma ha quedado salva* (Gen 32,20). Tiene el alma sed de zambullirse en Dios cuando, perdida la consciencia (per mentis excessum), anhela enteramente pasar a Dios, de modo que, completamente olvidada de sí, pueda decir: *Si es en el cuerpo o fuera del cuerpo, Dios lo sabe* (2 Cor 13,2). El alma tiene sed según Dios, cuando su espíritu (animus), por propia voluntad, no deja nada a su propio arbitrio, no sólo en las cosas carnales, sino ni siquiera en las espirituales, sino que lo confía todo entero al Señor, sin pensar *en sus propias cosas, sino en las de Jesucristo* (Filp 2,21), para poder también ella decir: *No vine a hacer mi voluntad, sino la voluntad de mi Padre que está en el cielo* (Jn 6,30).

#### 12. Estudio detallado de los cuatro grados de la caridad violenta (29-46)

29. Así pues, en el primer grado Dios entra en el alma y el alma se vuelve hacia sí misma. En el segundo grado sube sobre sí misma y se eleva hacia Dios. En el tercer grado el alma, elevada hacia Dios, entra toda entera en Él. En el cuarto grado el alma sale por Dios y desciende por debajo de sí misma. En el primero el alma

entra en sí, en el segundo se supera a sí misma. En el primero se dirige hacia dentro de sí misma, en el tercero se dirige hacia dentro de su Dios. En el primero entra por sí misma, en el cuarto sale por el prójimo. En el primero entra por la meditación, en el segundo asciende por la contemplación, en el tercero es introducida en el estado de júbilo, en el cuarto sale por compasión.

13. *El primer grado: soledad y purificación del alma por desapego (30-34)*

30. En el primer grado aquel espíritu, más dulce que la miel, entra en el alma y con su dulzura la embriaga, tanto que tiene *miel y leche bajo su lengua y sus labios son un panal de miel que chorrea* (Eclo 24,27; Cant 4,11). *Eructarán el recuerdo de la abundancia de suavidad* (Sal 144,7) los que pertenecen a este grupo, porque *de la abundancia del corazón habla la boca* (Mt 12,32; Lc 6,45). Esta es la primera consolación que recibe a los que renuncian a la vida mundana y que suele consolidarlos en el propósito del bien. Este es aquel *alimento del cielo* (Sab 16,20) que fortalece a los que salen de Egipto y los alimenta en la soledad. Este es aquel *maná escondido que nadie lo conoce sino el que lo recibe* (Apoc 2,17). Este es aquella dulzura espiritual y suavidad interior que siempre suele amamantar y alimentar *como a los niños recién nacidos* (1 Petr 2,2) y conducirlos poco a poco al vigor de la madurez.

31. En este estado el Señor conduce al alma *a la soledad* (Os 2,14) y allí la amamanta para embriagarla de dulzura interior. Escucha lo que se dice de este estado donde el Señor habla por medio del profeta: *Por eso la amamantaré y la conduciré a la soledad y le hablaré a su corazón* (Os 2,14). Pero antes hay que dejar Egipto, antes hay que pasar el Mar Rojo. Antes tienen los Egipcios que hundirse en las aguas, tienen que faltar los alimentos de Egipto antes de que podamos recibir este alimento y esta comida espiritual. Que abandone Egipto no sólo con el cuerpo, sino también de corazón, que renuncie completamente al amor del mundo quien desee aquellos celestiales alimentos de la soledad. Que pase el Mar Rojo, que procure arrojar de su corazón toda tristeza y amargura quien desee saciarse de la dulzura interior. Que antes se hundan los Egipcios y que perezcan las malas costumbres, para que los *ciudadanos del cielo* (Sal 77,25) no tengan que despreciar a un comensal depravado. Tienen que faltar los alimentos de los Egipcios y que los placeres carnales caigan en la abominación antes de poder experimentar cuáles son aquellas delicias interiores y eternas. Sin duda que el amor de Dios cuanto más plenamente vence todo otro afecto, tanto más frecuentemente y con más abundancia conforta al alma con un gozo interior. En este estado la mente succiona *miel de la piedra y aceite de la durísima roca* (Deut 32,3). En este estado *los montes destilarán dulzura y las colinas derramarán leche y miel* (Joel 3,18). En este estado el Señor visita muchas veces al alma hambrienta y sedienta, muchas veces la sacia de suavidad interior y la embriaga con la dulzura de su Espíritu. A veces en este estado el Señor desciende de los cielos, muchas veces visita *al que está sentado en la tinieblas y en sombra de muerte* (Lc 1,79), muchas veces *la gloria del Señor llena el tabernáculo de la alianza* (Ex 40, 32).

32. Sin embargo, muestra su presencia, pero sin mostrar en absoluto su rostro. Infunde su dulzura, pero no muestra su esplendor. Infunde suavidad, pero no

muestra su claridad. Así se percibe su suavidad, pero no se ve su belleza. Aún hay *nubes y oscuridad a su alrededor* (Sal 96,2). Todavía *su trono está en la columna de nubes* (Eclo 24,7). Lo que se siente es suave y extraordinariamente blando, pero lo que se ve está completamente nublado. Todavía no aparece en la luz. Y aunque aparezca en el fuego, se trata más de un fuego que quema, que no de un fuego que ilumine. Atiza la voluntad, pero todavía no ilumina el entendimiento. Inflama el deseo, pero no ilumina la inteligencia. Así pues, en este estado, el alma puede sentir a su Amado, pero, según hemos dicho, no puede verlo. Y si lo ve, lo ve como *en la noche*, lo ve como *tras una nube*, lo ve más que *en espejo y en enigma, pero aún no cara a cara* (1 Cor 13,12). De aquí que diga: *Ilumina tu rostro sobre tu siervo* (Sal 118,135).

33. De este primer grado de amor se sigue que mientras la mente muchas veces es visitada, o fortalecida, o embriagada, también alguna vez es provocada a mayores atrevimientos. Comienza, por tanto, a esperar alguna vez cosas más grandes y a pedir cosas más sublimes. Tanto que se atreve a decir: *Si he hallado gracia ante tus ojos, muéstrateme a ti mismo* (Ex 33,13). Sin embargo lo que se pide no se recibe enseguida conforme a sus deseos, aunque lo pida y desee íntimamente. Sin duda que hay que *pedir* ardientemente, *buscar* con diligencia, *llamar* fuertemente y en todo eso insistir con constancia, si es que queremos obtener lo pedido. ¿No te parece que ya ha trabajado largamente y mucho, que casi está a punto de desfallecer y que casi ha perdido la esperanza, el que dice: *Hasta cuándo, Señor, me tendrás olvidado, hasta cuándo apartarás de mí tu rostro?* (Sal 12,1). Pero sabiendo que *todo el que pide recibe, y el que busca encuentra y al que llama se le abre* (Mt 7,8; Lc 11,10), una y otra vez adquiere confianza, recobra sus fuerzas y dice: *Mi rostro te ha buscado, buscaré, Señor, tu rostro* (Sal 26,8).

34. Cuando la mente con grandes ganas y con un ardiente deseo avanza hacia la gracia de la divina contemplación, ya casi está a las puertas del segundo grado de amor. Y cuando mediante una revelación merece ver *lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre* (1 Cor 2,9), puede decir con toda verdad: *Nos lo ha revelado Dios mediante su Espíritu* (1 Cor 2,9). ¿No parece que recibió esta gracia el que mereció ver *a los ángeles subiendo y bajando y al Señor que estaba sobre la escala?* (Gen 28,22; Jn 1,51). Y dice también: *He visto al Señor cara a cara, y mi alma ha quedado salvada* (Gen 32,30). Había recibido esta gracia y como acostumbrado repetía el que decía: *Envía tu luz y tu verdad, ellas me han guiado y conducido hasta tu monte santo y a tu tabernáculo* (Sal 43,3). Habían recibido esta gracia y volaban con las alas de la contemplación aquellos a los que el profeta veía con admiración y viéndolos se maravillaba. *¿Quiénes son estos que vuelan como nubes y como palomas al palomar?* (Is 60,8). En este grado unos piden que les den alas de paloma, otros reciben alas de águila. *¿Quién me dará alas de paloma y volaré y descansaré?* (Sal 54,7). Y en otro lugar el profeta dice: *Los que esperan en el Señor, se fortalecerán, recibirán alas de águilas, volarán y no faltarán* (Is 40,31).

#### 14. El segundo grado: el vuelo de la contemplación, el tercer cielo (35-36)

35. En este grado con las alas de su contemplación las almas se elevan por encima de las nubes. En este grado con esas alas vuelan hasta el cielo, no sólo hasta

el primer cielo, sino también hasta el segundo, de modo que en adelante pueden decir: *Nuestro trato está en los cielos* (Filp 3,20). Por encima de estos dos cielos se encuentra todavía *el tercer cielo* (2 Cor 12,2) que también se denomina cielo de los cielos. A este tercer cielo no pueden ascender en absoluto ni siquiera los que progresaron hasta el segundo grado del amor. Lo que es la tierra en relación con el primer cielo y el primero en relación al segundo, eso es el segundo en relación con el cielo de los cielos. Así pues, el segundo cielo, si lo queréis así, es la tierra, o si lo queréis, el cielo, más aún cielo del cielo. El cielo del cielo está en relación con el primer cielo, pero es tierra en relación con el cielo de los cielos.

36. A mi entender, el profeta quiso aludir a esta tierra, cuando dice: *Mi porción está en la tierra de los vivientes* (Sal 141,6). Así pues esta tierra tiene su cielo; también tiene su sol. Y no otro, en mi opinión, sino el que promete el Señor por medio del profeta: *No se pondrá más tu sol y la luna cambiará, porque el Señor será para ti una luz eterna* (Is 60,20). Si, pues, te encuentras en este cielo o en esta tierra, verás aquel sol, bajo el que se abrasan y arden aquellos espíritus angélicos que se denominan Serafines, es decir ardientes, y que merecieron poseer este nombre a partir del fuego, ya que no hay ninguno de ellos que se esconda de su calor. Y así puedes ver el sol de justicia si te encuentras en esta tierra y has llegado al segundo grado de amor y se te dice a ti: *No tendrás más el sol para alumbrarte de día ni el resplandor de la luna te iluminará, sino que el Señor te servirá de luz eterna y tu Dios será tu gloria* (Is 60,19). En este estado se puede experimentar la verdad de aquella sentencia: *¡Qué dulce es la luz y qué deleitable para los ojos ver el sol!* (Qo 11,7). En este estado el alma, enseñada por el magisterio de la experiencia, canta estas palabras: *Más vale un día en tus atrios que mil [lejos de ti]* (Sal 83,11).

#### 15. El tercer grado: el abismo de la luz divina y el tránsito a estar en Dios (38-41)

37. Pero ¿quién puede expresar dignamente el profundo gozo de esta visión? Sin duda, que una vez experimentado, una vez gustado, como no puede generar fastidio cuando está presente, tampoco puede olvidarse cuando está ausente. Mientras el alma desciende desde aquella luz y retorna en sí misma, trae de allí algunas reliquias de los pensamientos, con los que se alimenta, e incluso celebra un día de fiesta, como se expresa la Escritura que dice: *Y las reliquias de los pensamientos se te convierten en un día de fiesta* (Sal 75,11 Vulgata). Imagínate cómo será de grande la solemnidad en la abundancia de la visión, si celebra una fiesta con las reliquias del pensamiento, qué gozo no habrá en la misma visión, si tan gran deleite se produce con su recuerdo? En este estado esta revelación de la luz divina y la admiración de la revelación ata indisolublemente al alma con un recuerdo duradero y con una memoria perenne de tal manera que no puede olvidar el gozo experimentado. Y como en el grado anterior la suavidad saboreada sacia al alma y atraviesa la voluntad, así en este grado la claridad contemplada ata el entendimiento sin poderla olvidar ni pensar en otra cosa. En el segundo grado, según dijimos, se puede ver el cielo de los cielos y aquella luz inaccesible, pero no se puede entrar allí. De lo contrario no sería inaccesible, si se puede entrar. *Bienaventurado*, dice el Apóstol, *y único poderoso, rey de reyes y Señor de los que dominan, el único que posee la inmortalidad y que habita una*

*luz inaccesible* (1 Tim 6,15-16). No se puede entrar en lo que es inaccesible. Con todo el Apóstol se gloria de haber sido raptado a la región de la luz eterna. Dice: *Conozco a un hombre en Cristo, si en el cuerpo o si fuera del cuerpo, no lo sé, Dios sí lo sabe, que fue raptado hasta el tercer cielo* (2 Cor 12,2).

38. El ter de los deseos internos? *¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba durante el camino y nos abría el sentido de las Escrituras?* (Lc 24,32). *¿No están incandescentes por la llama envolvente de la divinidad y como por la gloria contemplada y configurados a la divina luz pasan ya casi a otra gloria, esos que con el rostro descubierto reflejan la gloria del Señor y el Espíritu del Señor los van transformando en esa imagen cada vez más gloriosos?* (2 Cor 3,18). *¿Queréis aún oír al alma que se derrite con el fuego de la palabra de Dios? Mi alma se ha derretido cuando me habló mi amado* (Cant 5,6). Enseguida que el alma es admitida en el secreto interior del arcano divino, por la magnitud de su admiración y por abundancia del gozo se funde en sí misma, más aún en aquel que habla, mientras que comienza a oír aquellas arcanas palabras que al hombre no le es lícito pronunciar y comprende que *se le están manifestando lo oculto y lo secreto de la sabiduría divina* (Sal 50,8). En este estado *el que se une al Señor se hace un único espíritu con él* (1 Cor 6,7).

41. En este estado, según hemos dicho, el alma se derrite enteramente en aquel a quien ama y desfallece del todo en sí misma, por lo que también dice: *Sostenedme con flores, fortalecedme con manzanas, porque estoy enferma de amor* (Cant 2,5). Como en los líquidos o en los cuerpos licuados parece que no hay ninguna dureza ni alguna consistencia, sino que ceden sin dificultad a todas las cosas duras y rígidas, y como en las cosas lánquidas no vemos que tengan ningún vigor propio ni ninguna fuerza natural, sino que todo su vida depende de una voluntad ajena, así los que han llegado a este tercer grado de amor, ya no realizan nada por propia voluntad, ni dejan nada a su propio arbitrio, sino que lo ponen todo en manos de la providencia divina, todos sus anhelos y deseos penden de la voluntad divina, miran al arbitrio divino. Y como el primer grado hiere la voluntad y el segundo ata el entendimiento, el tercero abarca la acción de modo que no puede absolutamente ocuparse en nada sino en lo que le atrae o lo impulsa el querer de la voluntad divina.

#### 16. El cuarto grado: la resurrección del alma transformada (42-46)

42. Cuando el alma ha sido consumida de este modo por el fuego divino, cuando ha sido ablandada hasta la médula y completamente fundida, ¿qué le queda ya sino que se le proponga cuál es *la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta* (Rom 12,2), como la horma de la virtud consumada a la que conformarse? En efecto, como los fundidores, una vez licuados los metales y propuesto el molde, funden cualquier imagen según propia voluntad y producen cualquier tipo de vaso según la

medida pertinente y la forma deseada, así el alma en este estado se aplica fácilmente a llevar a cabo cualquier querer de la voluntad divina, más aún con cierto deseo espontáneo se acomoda a sí misma a cualquier voluntad de Dios e informa toda su voluntad según la medida del beneplácito divino. Y como el metal fundido a donde se le abre camino, fácilmente se desliza corriendo hacia la parte inferior, así el alma en este estado se humilla espontáneamente para cualquier obediencia y se inclina con gusto a todo acto de humildad según el orden de la economía divina.

43. En este estado se le propone al alma la forma de humildad de Cristo y se le dice: Tened en vosotros los mismos sentimientos que hay en Cristo Jesús, que existiendo en forma de Dios, no consideró como un botín ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo, asumiendo la forma de esclavo, hecho a semejanza de los hombres y hallado en su comportamiento como un hombre: se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz (Fil 2,5-8). Esta es la forma de la humildad de Cristo a la que se debe conformar todo el quiera alcanzar el grado supremo de la caridad consumada. Pues nadie tiene mayor caridad que el entrega su alma en favor de sus amigos (Jn 14,13).

44. Han llegado al culmen supremo de la caridad y ya están situados en el cuarto grado de la caridad los que ya pueden dar su vida por los amigos y cumplir pueden cumplir la palabra del Apóstol: *Sed imitadores de Dios como hijos carísimos, y caminad en el amor como también Cristo os amó y se entregó a sí mismo a Dios por vosotros como oblación y víctima de agradable perfume* (Ef 2,12). Así en el tercer grado el alma se gloria de (estar sumergida) en Dios, y en el cuarto se humilla por Dios. En el tercer grado se conforma a la claridad divina, pero en el cuarto se conforma a la humildad cristiana. Y aun cuando en el tercer grado se hallaba en cierto modo en la forma de Dios, sin embargo en el cuarto grado comienza a anonadarse a sí misma, adquiriendo la forma de esclavo y de nuevo es hallado en su comportamiento como un hombre (Fil 2,6-7). En el tercer grado, en cierto sentido está mortificado en Dios; en el cuarto, casi resucita en Cristo. Así pues, el que se halla en el cuarto grado puede decir con toda verdad: *Vivo, pero no yo, sino que Cristo vive en mí* (Gal 2,20). Y así comienza a *caminar en la novedad de vida* (Rom 6,4) y para sí su *vivir es Cristo y una ganancia el morir* (Fil 1,21). Está, sin duda, *apremiado por dos cosas, tiene el deseo de morir y estar con Cristo, pero piensa que es mucho más necesario permanecer en la carne por nosotros* (Fil 1,23-24). Pero *la caridad de Cristo le apremia* (2 Cor 5,14).

45. Y así se convierte en una criatura nueva: *Lo viejo ha pasado y todo se ha hecho nuevo* (2 Cor 5,17). En efecto, mortificado en el tercer grado, casi resucita de entre los muertos en el cuarto y *ya no muere, la muerte no lo dominará más. Porque está vivo, vive para Dios* (Rom 6,10). En cierto sentido en este grado el alma se convierte en espiritual e impasible. En efecto, ¿cómo puede ser mortal, si no puede morir? O ¿cómo puede morir, si no puede separarse de aquel que es la vida? Conocemos perfectamente a quién pertenece esta frase: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6). ¿Cómo va a poder morir quien no puede separarse de Él? *Estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los arcángeles, ni los principados, ni las potesta-*

*des, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fuerza, ni la altura, ni la profundidad, ni criatura alguna podrá separarnos de la caridad de Dios que está en Cristo Jesús (Rom 8,38-39). ¿No puede aparecer en cierto sentido como impasible el que no experimenta el daño que se le infiere, quien siempre se sonríe ante cualquier injuria y todo lo que se le ocasiona para dañarlo presume convertirlo todo para su gloria, conforme a las palabras del Apóstol: Con gusto me gloriaré en mis debilidades, con tal que habite en mí el poder de Cristo? (2 Cor 12,9). Permanece casi impasible quien se complace en los sufrimientos y ultrajes por Cristo. Por eso, me complazco en las debilidades, en los ultrajes, en las privaciones, en las persecuciones, en las angustias por Cristo (2 Cor 12,10).*

46. El que se halla en este grado puede decir con toda confianza: Todo lo puedo en aquel que me conforta (Fil 4,13) porque sabe estar saciado y tener hambre, abundar y padecer escasez (Fil 4,12). En este grado, la caridad todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta (1 Cor 13,7). En este grado, la caridad es paciente, es amable, no es ambiciosa, no busca sus propias cosas (1 Cor 13,4-5), no sabe devolver mal por mal, ni maldición por maldición, sino que; al contrario, bendice (1 Ped 3,9). El que ha ascendido a este grado de amor, sin duda que el que se halla en este grado de amor es el que puede decir con toda verdad: Me he hecho todo a todos para salvarlos a todos (1 Cor 9,22). Y finalmente desea ser anatema de Cristo en favor de sus hermanos (Rom 9,3). ¿Qué diremos? ¿No parece que este grado de amor sumergir el espíritu humano en una especie de locura, no permitiéndole tener modo y medida en su emulación? ¿No parece ser el colmo de la locura rechazar la verdadera vida, argüir contra la suma sabiduría y resistir la omnipotencia? ¿No rechaza la vida el que desea estar separado de Cristo en favor de sus hermanos, como aquel que dijo: O les perdonas este pecado, o bórrame del libro que has escrito (Ex 32,32). ¿No parece argüir o querer enseñar a la sabiduría, el que dice al Señor: Lejos de ti hacer esto y matar con el impío al justo y que el justo sea como el impío? (Gen 18,25). ¿No intentó ofrecer resistencia a la omnipotencia y presumió el hombre y consiguió mitigar la ira del Omnipotente, cuando ya el Señor había emitido la sentencia, cuando el incendio ya había prendido y el hombre se arrojó al fuego ardiente y se puso en medio de los vivos y de los que iban a morir (Num 16,48; 17,14) e impuso un fin a lo inevitable?

#### 17. Recapitulación final de los cuatro grados

47. He aquí que la consumación de la caridad suele elevar la mente del hombre a una intensa audacia de piadosa presunción; he aquí cómo hace que el hombre presuma de ser más que hombre. De este modo casi todo es más que humano: lo que presume [conseguir] del Señor, lo que lleva a cabo por el Señor, lo que vive en el Señor.

Todo es admirable y maravilloso. Cuanto más presume conseguir del Señor, tanto más se humilla por el Señor. Cuanto más sube por presunción, tanto más se abaja por humillación. Como está por encima del hombre el lugar a donde se eleva por su confianza, así también está por encima del hombre el lugar a donde desciende por la paciencia. Así pues, en el primer grado, según dijimos, el alma retorna

a sí misma, en el segundo asciende hacia Dios, en el tercero entra en Dios, en el cuarto desciende por debajo de sí mismo. En el primero y en el segundo se eleva, en el tercero y en el cuarto se transfigura. En el primero asciende a sí mismo, en el segundo se trasciende, en el tercero se configura a la claridad de dios, en el cuarto se configura a la humildad de Cristo. O en el primero es reconducido, en el segundo es transferido, en el tercero se transfigura y en el cuarto es resucitado.